

LA

CAPRICHOSA

DE

Aviso à nuestras Suscriptoras de España.

Por cartas que hemos recibido de Madrid sabemos que el número de la *Caprichosa* perteneciente al mes de octubre, lo han recibido con un retraso considerable, siendo de nuestro deber advertir que no ha sido falta de la Administracion: en lo sucesivo trataremos que la reciban con mas regularidad. Deseando ser agradables á nuestras lectoras, cuanto nos sea posible, hemos decidido refundir la Revista de Paris en la de Modas y Salones, para que en su lugar tengan cabida artículos de costumbres, biografias, etc.

REVISTA DE MODAS, SALONES Y TEATROS.

DICIEMBRE DE 1857

Paris es la ciudad privilegiada para bailes, conciertos y diversiones, y en este momento se ocupa de los placeres que debe prodigar en el invierno, en particular para aquellos á quienes les es dado gozar de todo lo que sirve á hermostear la carrera de la vida: Paris despliega todos los encantos agradables á los extranjeros, y que no encuentran en ninguna otra capital, siendo por esto que la moda la ha elegido como centro y santuario de sus caprichos; la moda reserva sus invenciones y sus magnificencias para el invierno, porque la estacion transitoria del otoño tiene pocas exigencias. Digamos, pues, lo que hasta ahora se cree que obtendrá la aprobacion de nuestras bellas. Hablemos

en primer lugar de los abrigos, de los cuales es tanta la variedad, que la tarea que me propongo es un poco difícil.

Los albornoces obtienen el mayor éxito, y creo que nada mas justo, porque siendo muy ámplios y muy largos, hacen muy elegante y llevan consigo el aire de aristocracia. Los que están mas en voga son de paño real (epinglée), color café negro, ó de paño (*peluche*) con una gran capucha y dos borlas, que las mas elegantes son negras, de felpas y azabache, ó blancas y del color del albornoz; pero todo lo mas aristocrático, lo mas elegante, es el albornóz de terciopelo negro, muy largo y ancho, en la capucha borlas de felpilla y azabache; tambien se llevarán mucho para visita los gabanes de paño ó terciopelo, bien ajustados al ta'le, adornados con botones: el abrigo *Delfina* forma de pañuelo de terciopelo adornado con un fleco de felpas, creemos que reinará mucho este invierno, porque es rico y elegante: en la recepcion dada en la Embajada Española con motivo del enlace de la jóven y graciosa Malvina, hija del señor Duque de Rivas, hemos podido admirar el traje de su bonita madrina la señora Duquesa de Medinaceli, vestido de moiré verde esmeralda, con el corpiño alto y sumamente sencillo, mangas de encaje y unas magnificas esmeraldas por pendientes. La jóven novia estaba muy sencilla: vestido blanco, corpiño cerrado sin ningun adorno, solamente lucia en uno de sus torneados brazos una pulsera de pelo perteneciente á su madre la señora Duquesa de Rivas, y en el otro mostraba la rica pulsera de brillantes y perlas, regalo de sus padrinos los señores Duque y Duquesa de Medinaceli; la corona de novia colocada sobre su casta frente la daba un aire de melancolia que la hacia aún mas interesante. El mayor buen tono reinó en esta reunion que estaba compuesta en su mayor parte de amigos intimos ó parientes. En ella se encontraban el señor duque de Rianzares, una de las hijas de S. M. la Reina Cristina, el señor conde de Galvez, la señora de Potestad y otras; todos los trajes eran de visita y del mejor gusto. A propósito de esto mismo, vimos un

precioso sombrero de *Alexandrine* de terciopelo real blanco, con un lazo sobre un lado y una gran borla. Otro también digno de describirse era de terciopelo negro, el centro de terciopelo verde, con encajes negros; las cintas de terciopelo negro con un borde verde; el interior capullos de rosa, el precioso vestido de moiré color de café con doble falda, adornado en los lados con bandas (quilles) negras de terciopelo completaba este traje. He visto á la encantadora hija de una de mis amigas un traje adorable por su elegancia y buen gusto. Vestido de tafetan azul, con dos faldas, sin ningún adorno; el corpiño alto y sin aldetas, y el rededor del cuello estaba adornado por un encaje rizado con un lazo azul, el sombrero de terciopelo con anchos encajes.

Pero no podemos pasar en silencio los preciosos trajes de baile que he tenido la felicidad de ver en casa de mi buena amiga la amable condesa de B..., en sus recepciones dadas el 4 de noviembre y el 14.

La condesa tiene una de esas fisonomías que resisten al tiempo, y las cuales son siempre jóvenes. Sus cabellos negros como el azabache, estaban hechos dos bandós, y su traje era del mejor gusto. Vestido de grós azul claro con dos faldas, corpiño de peto escotado con un fichú de encaje. Los lados del vestido tenían bandas (quilles) de encaje de Chantilly. La condesa estaba sumamente graciosa con este traje que hacia resaltar sus hermosos cabellos, adornados con encaje blanco y rosas. En esta encantadora *soirée* tuve el placer de ver á la joven poetisa francesa Mme D... Un vestido de grós blanco, de dos faldas, y á cada borde de ellas una cenefa de rosas; un corpiño escotado con una berta en forma de pañuelo hacían resaltar la esbeltez de su talle, y colocadas con gracia en su bella cabellera rubia se veían algunas rosas.

La baronesa de C..., joven viuda de 26 años, llevaba un vestido de terciopelo negro escotado sin ningún adorno; sus cabellos en bucles tenían dos colgantes de perlas de oro.

A propósito de esta interesante viuda, quiero dar á conocer á mis lectoras los trajes de sus interesantes

niños, que tuve ocasion de conocer pocos dias des pues. Su niña, tierna flor de cinco á seis años, tenia un vestido de popelina escocesa, fondo oscuro, desde el borde de la falda hasta el corpiño, y á cada lado partian dos bandas (quilles) de pasamanteria formando cuadros como el vestido; el mismo adorno se estendia al rededor de las aldetas del corpiño; cuello y mangas bordadas, iguales al pantalon; la pierna desnuda á la inglesa; botines del mismo color que el vestido, con bigoterías de charol. Tres cintas de terciopelo cogian su abundante cabellera; estas cintas eran negras y encarnadas. El hermano de esta graciosa criatura tenia una blusa de terciopelo azul, con un cuello de encaje blanco; botines negros.

Concluida nuestra tarea con respecto á las modas, ocupémosnos por un momento de los teatros.

Hablemos en particular del Teatro Italiano, punto céntrico de reunion de todo el buen tono. Las representaciones se suceden sin interrupcion, *Il Trovatore*, *la Traviata*, *Rigolito* y *Don Pascuale* encuentran sus dignos intérpretes en Mario, signora Stefannone, la señorita Saint Urbin y la señora Nanthier-Didiée; la voz de la señorita Saint-Urbin es dulce, simpática, y siendo jóven y bonita, la creemos llamada á hacer impresion en el público. El señor Belart ha sido bastante bien recibido. En cuanto al baritono Wintter, aún no se ha presentado al público. El Odeon se ocupa mucho de *Cristina de Suecia*; el teatro de Bouffes-Parisienses obtiene un gran éxito con *Les Petits Prodiges*; en la Opera Cómica, las representaciones de *Joconde* y *Don Pedro* han obtenido un gran éxito: esta última es un episodio de la historia de Don Pedro el Cruel, rey de Castilla: las decoraciones son de muy buen gusto. El Teatro Francés ha representado *Lady Tartuffe*.

Saraos se preparan y brillantes recepciones, á las cuales pienso asistir, y describirlas en mi próximo número.

EM. SERRANO DE WILSON.

COSTUMBRES DEL SIGLO XIX

II

¡Las cuatro!... Ya me tienen ustedes sentado en mi despacho esperando que suene la campanilla de la puerta de mi cuarto. Pero nadie llama, y sin embargo, son las cuatro y media. ¿Se habrán reído de mí? — No lo creo... Por vida de!... Las ciuco! Pues señor, paciencia!

— Din! din! gracias á Dios!... que pasen, que pasen, dije á mi criada.

— Es un mozo de cordel que trae esto para usted, me contestó aquella presentándome una carta.

— Está bien.

— Dice además si tiene usted voluntad de darle alguna cosa.

— Hágale usted presente que yo no recibo la correspondencia que no venga franca de porte.

Pero ¿quién me escribirá?... ¡Si será el comisario exigiéndome la *imprescindible* licencia estendida en el *indispensable* papel sellado para recibir datos en mi casa!... Mas calla!... — « Muy señor mio : prevengo á usted que nadie irá de cuatro á seis á visitarle, porque á esas horas todos están durmiendo la siesta. » — Y es verdad ; como yo no duermo mas que de noche, creí que los demás hombres estaban obligados á hacer lo mismo. — Mudaré la hora : de doce á dos : corriente !

Ya son las doce. Abra usted la puerta, pase usted,

por aquí... El que acababa de entrar era un hombre con todas las trazas de marido.—Hable usted.

— Mi mujer...

— (No lo dije!...)

— Mi mujer tiene un *primo*.

— Esa es la costumbre, caballero.

— Y además un *perrito*.

— También costumbre.

— Pero lo peor es que cuando vamos á las tiendas ó á paseo, el primo la ofrece su brazo y mi mujer, prestando que las aceras son estrechas, me hace ir delante con el perro en brazos.

— Costumbre. Otro!

— Caballero, mi marido es un infame; tiene relaciones con una modista, que está muy lejos de valer lo que yo : le he sorprendido varias veces!

— Es la costumbre, señora. Otro!

— He prestado mil reales sin llevar interés alguno, y hace dos años que, no solamente no me dan un cuarto, sino que me niegan la deuda, y lo que es mas, el agradecimiento.

— Otro!

— Un prestamista por quinientos reales que necesito, me exige que le firme un pagaré de mil, hipotecando además á su favor la paga que disfruto como empleado.

— Y cuánto tiempo tardará usted en reintegrarle de su dinero?

— Seis meses.

— Es decir que le lleva á usted un doscientos por ciento?

— Cabal.

— Es la costumbre. Otro!

— Hace seis meses presenté un drama original al teatro. Para leerle han tardado cuatro, uno para decidirse á ponerlo en escena, pues decia el empresario que solo admitia traducciones y que no le convenia un drama original porque eran mas crecidos los derechos que devengaba su representacion. Se le ofrecí de valde y me lo *ejecutaron* en seguida, y á pesar de que ha

sido mi obra muy aplaudida, no encuentro editor que la compre.

— Pues apenas los hay en Madrid !

— Es que el uno dice que no *le gusta*, el otro que no *le conviene* porque solo tiene *tres actos*, el otro apenas me paga el *trabajo de copista*, el otro la quiere... *de valde*, y finalmente, el último me exige dinero encima por *imprimirla*.

— Es la costumbre compañero. Otro !

— He concebido un proyecto grandioso : estoy seguro de que con su realizacion ganará considerablemente la sociedad entera; pero no me es permitido llevarle á cabo.

— Solicite usted el apoyo de otras personas.

— Nadie me oye.

— Apele usted á la prensa, al gobierno...

— Y me oirán ?

— Otro !

— Tengo á mi madre enferma, y por salvarla he agotado todos mis bienes : sin medios para conservar la vida me he visto precisado á apelar á la beneficencia de un antiguo amigo, que en *tiempos mas felices* me ofreció mil veces su apoyo. Mas ¡ ay ! ocho dias consecutivos he ido á su casa, pero no he conseguido verle, y mi madre se muere !...

— Vaya usted á otras horas...

— Es que antes siempre le encontraba !

— Otro !

— Caballero, vendia zapatos y me contentaba con una corta ganancia que me permitia atender á mi subsistencia y á la de mis hijos : al lado de mi casa otro zapatero ha abierto una tienda con un lujo desconocido y su correspondiente rótulo *de Paris*, y desde entonces nadie compra mi hacienda.

— Eso no es estraño.

— Es que vendo mejores zapatos y mas baratos.

— Ponga usted una tienda mas lujosa que la de su rival.

— No tengo dinero:

— Entonces... paciencia.

— Me he de morir de hambre ?...

- Es la costumbre. Otro !
- He seguido un pleito sobre pago de ocho mil reales y le he ganado. Compadézcase usted de mi suerte !
- Con que ha ganado usted un pleito sobre pago de ocho mil reales y se queja usted !..
- Es que las costas ascienden á doce mil y tengo yo que pagarlas.
- Otro !
- Soy dueño de un café y he hecho un gran descubrimiento que vengo á participarle.
- Tendré mucho gusto, caballero.
- De las personas que concurren á él, he observado que las dos *terceras partes* no tienen oficio ni beneficio.
- Y qué deduce usted de eso ?
- Que calculando á Madrid doscientos sesenta mil habitantes, resulta que existen ciento setenta mil y pico que no tienen en que ocuparse.
- Otro !
- Hace veinte y ocho años que servia al Estado, y acaban de dejarme cesante por colocar á un mequetrefe que no sabe escribir, ni leer, ni hablar...
- Algo sabrá cuando...
- Aseguro á usted que no tiene en su favor mas que el haberle recomendado una señora á *su escelencia*.
- Otro !
- En casa comemos á las siete, pero algunos dias se rebela mi estómago á las seis, y mamá me prohíbe terminantemente que coma porque dice que es temprano.
- Si es costumbre...
- Pero acaso no me es dado tener apetito hasta las *siete en punto de la tarde* ?
- Otro !
- Acabo de fundar un periódico útil á todas las clases de la sociedad ; pero ¿ creará usted que ni de valde encuentro quien lo lea ? al paso que un amigo mio está publicando otro cuyo único objeto es facilitar combinaciones y cábalas de la lotería primitiva, y cuenta ya con veinte mil suscritores, y eso que apenas tiene un mes de existencia !

- Otro!... ¿Pero qué ruido es ese?
 — Yo primero!
 — Primero yo!
 — Silencio, señores!!
 En esto dieron las dos.
 — Ya no doy audiencia!
 — Pero escuche usted!
 — No puedo!
 — Seré breve!
 — Antes yo!
 — Tengo que hacer!
 — Pero!!
 -- Ea! ¡Que no!!!

Y vi rodar alborotando por la escalera á un *inquilino* que venia á pintarme la *inhumanidad* de su *casero*; á un *casero* que trinaba contra el *descuido* de su *inquilino*; á un *coronel* que se quejaba del *gênio raro* de su *general*; á un *capitan* que echaba pestes de su *coronel*; á un *teniente* que no podia suir las exigencias de su *capitan*; á un *sargento* que preferia cien balazos del enemigo á estar á las órdenes de su *teniente*; á un *cabo* que renegaba del *sargento*; á un *soldado* que maldecia la vara del *cabo*; y por último, á un sin número de personas que se disputaban la vez para acusarse reciprocamente.

Al oír tanta confusion y ver cuadro tan espantoso, no pude menos de llevar las manos á los ojos, y esclamar lo que esclamaréis vosotros sin duda: ¡ *Nuestras costumbres son malas!*

José MARCO.



MARGARITA

NOVELA BRETONA

(Continuacion.)

Tan desgarrador era su acento, tan terrible el movimiento del brazo, y tan desesperada era la mirada al clavarla sobre aquel funesto objeto, cada vez que ejecutaba aquel convulsivo movimiento, que el buen pastor no pudo menos de derramar lágrimas. Margarita le oyó y le dijo con acento triste :

— Si teneis piedad de mi alma, confesadme pronto, señor cura!

— Inmediatamente, ¡pobre niña, de la cual adiviné la desgracia, estoy pronto á escucharos, la contestó.

Margarita se adelantó con la mayor solemnidad.

— Hubiera querido mejor confesarme en la iglesia, pero lo mismo puedo arrodillarme aquí que delante de un altar.

Margarita colocó religiosamente sobre la cómoda el sombrero, se arrodilló delante de aquel símbolo de su dolor, durante que el anciano se sentaba en frente de ella silenciosamente. Margarita empezó en estos términos :

— Padre mio, que Dios me perdone mis pecados, pero no creo tener nada de qué arrepentirme. Cuando murió mi pobre madre, mi padre cayó enfermo, y Andrés vino á trabajar para él. Todos los dias iba á pescar con nuestra barca; él me amaba, pero no podia decirme lo, porque él era quien nos procuraba lo necesario para vivir; pero yo lo sabia, y esta delicadeza me hacia amarlo aún mas.

Quando mi padre se fué á reunir en el cielo con su pobre mujer, y que yo me quedé sola en el mundo, Andrés vino á Vannes para trabajar donde yo estaba; un año despues me dió un anillo de plata, que vos mismo habeis bendecido; de este modo fuimos novios. Quando los revolucionarios vinieron, Andrés vió al señor de Chenneguy, un dia que habia ido á la ciudad en secreto, y por la noche me dijo : « Margarita, puesto que tú acompañas á tu ama con tanto valor, que sigue por todas partes á su marido, justo es que yo siga al marqués, que me ha tomado á su servicio. » Andrés me enseñó su contrata, y yo le dí — aquí faltó la voz á Margarita — yo le dí el pañuelo blanco de muselina . . . que tenia al cuello, porque era un domingo . . . es éste, lo conozco bien . . . y durante un momento no pudo continuar.

— Marchó á la guerra; yo me informaba de todo lo que hacia, porque no pensaba mas que en él. La señora se admiraba de mi adhesion por ella; ella ignoraba mi amor. Cada dia amaba yo mas á Andrés, á medida que el tiempo pasaba, que los peligros crecian, y que la causa vendeana se hacia mas desgraciada: y ahora ved aquí de qué me acuso, padre mio, me acuso del orgullo, porque estaba orgullosa de Andrés, que era muy distinguido: se hablaba de él por todas partes, habia mostrado tanto valor é inteligencia, que el marqués de Chenneguy le habia hecho su ayudante de campo, y yo que me creía incapaz de poder amarle, mas vi que me habia engañado. Andrés era célebre, era oficial.

Un dia contaron delante de mí que le habian propuesto para casarse con una señora muy rica; me puse como loca, y me empeñé en consultar una adivinadora, que decían que era muy buena. Escuchó mis confidencias, y me aseguró que veía en lo futuro, y que Andrés seria unido á mí antes ó despues de la muerte; no era necesario adivinar mucho para eso: además me dió el consejo de asegurar mi union con Andrés por medio de un sortilegio que me enseñó, y del cual la prometí hacer uso. Por la tarde, cuando Andrés, teniendo que volver á la guerra, vino á decirme adios,

le manifesté tanto temor de perder su cariño, que él no sabía qué hacer para tranquilizarme. Entonces le tomé por la mano, y le llevé á la fuente de Cheneguy. Segun me habia encargado la adivinadora, habia hecho el dia antes una cruz de fresno, y la habia puesto debajo de mi cabecera, y me habia dormido con ella. Al llegar á la fuente la eché al agua para santificarla, meti la mano derecha, y tanto rogué á Andrés que me diera la suya, que cedió por satisfacerme; repitiendo conmigo esta fórmula precedida y seguida de un *Pater* y un *Ave Maria*: « — Yo Andrés, declaro que no tomaré otra esposa en vida que Margarita, y que si uno de los dos muere antes del matrimonio, el que quede llamará el último dia de la luna llena al difunto, teniendo esta cruz en la mano, y con el permiso de la Virgen, vendrá tambien á poner su mano derecha en la suya. Amen. »

— Me costó mucho trabajo que Andrés accediera á esta ceremonia, y cuando se acabó le abracé por la primera vez de mi vida: me acuerdo que cuando se marchó me dijo: « He hecho lo que has querido para tranquilizarte, Margarita, pero la mayor seguridad es la virtud en una jóven, y la palabra de un hombre honrado. »

— Y ahora, señor cura, decidme si la adivinadora habrá dicho verdad, y si podré llamar á Andrés á la última luna llena en el jardín de Cheneguy, porque si no fuera verdad que él viniese á buscarme, yo iria á reunirme con él echándome al agua; nada podria impedírmelo.

El pobre cura se encontró sin saber qué decir viendo la exaltacion de la jóven, y la resolucion que se leia en sus ojos, tomando el partido de no contradecirla.

— La misericordia de Dios es grande, hija mia, y su poder no tiene limites; tal vez permita ese milagro; esperad aún algunas lunas antes de atentar contra vuestra vida, y en este intervalo venid para hablar conmigo todas las semanas.

Dichas estas palabras hizo conducir á la jóven con la marquesa.

No bien se quedó solo el buen párroco, comparó la sensibilidad de Margarita con la indiferencia increíble de la marquesa de Chenneguy: este contraste le hizo acordarse de la carta que le había confiado la marquesa, y sacándola del pecho, se puso á leerla: grande cuanto imprevista y agradable fué su sorpresa. Hé aqui el contenido de esta carta dirigida á la marquesa:

» Querida mia, recibe como á un hermano al hombre que te entregue esta carta, y como mi salvador; debo la vida, primero á su valor, segundo á su destreza. No me quedaban mas que unos veinte hombres, espuestos á perecer; la columna republicana se replegaba de mas en mas; un cuarto de hora mas tarde y estábamos perdidos.

» Señor marqués, me dijo Andrés, tenemos cortada la retirada.—Es verdad.—Ya no tenemos pólvora.—Verdad es.—Tampoco se nos da cuartel.—Tienes razon.—Pues bien, todavía si usted quiere podemos salvarnos.—¿Cómo?—Por medio de una estratajema.—¿Y cuál es?—Esta: voy á desnudar estos dos pobres aldeanos que están tendidos muertos; aquí hay uno que es de vuestra estatura, le visto con vuestro traje, y el otro con el mio, y nosotros tomamos los suyos; nadie se ocupará de nosotros, porque solo se ocupan de los gefes; los aldeanos sin armas, ni faja, escapan fácilmente, nos creerán muertos y volverán en triunfo por el cadáver.

» Andrés al concluir estas palabras, desfiguró completamente de un pistoletazo la cara del que debia representarme. La estratajema ha salido perfectamente; no es esto solo, no era bastante salvar mi vida, era necesario cuidar de la tuya: yo sabia que estabas cerca de aquí y que la nueva de mi muerte te mataria: Andrés me ha prometido llegar hasta ti con esta carta; en cuanto á mi, con mi traje de aldeano breton, esta noche y la próxima iré de cortijo en cortijo. Andrés te dirá mis proyectos para en lo sucesivo.

» Adios, está tranquila, no hagas ver un dolor demasiado vivo, nada de ruido, nada de amenazas, para que si es posible te dejen nuestros bienes; una viuda rica y hermosa puede inspirar la idea de una especula-

cion matrimonial, y algun valiente republicano te protegerá y protegerá mi castillo, mil abrazos.» Por posdata decía: «Haz marchar á Paris mi correo Andrés, para que prevenga á la condesa mi madre, y que sepa la noticia de mi muerte con tranquilidad, cuando la lea en los periódicos.»

Todo estaba explicado; la alegría de la marquesa, consecuencia natural de la certidumbre de la vida de su marido; su aparente insensibilidad que preparaba de antemano; su papel de viuda, conforme á las órdenes de su esposo; la presencia de Andrés y su partida para Paris segun las órdenes del marqués; no quedaba mas que tranquilizar á Margarita; ya habia pensado en ello Andrés: un aldeano habia sido mandado para tranquilizarla; pero desgraciadamente, menos feliz que Andrés, el aldeano habia caido en manos de las tropas nacionales, y habia sido muerto; su sangre habia manchado el sombrero de Andrés, que él llevaba, y que Margarita habia encontrado en el bosque.

Mañana, se dijo el sacerdote, iré á curar el enfermo espíritu de esa pobre niña.

En vano formó este proyecto; en aquella misma noche gran número de paisanos que se morian en los cortijos ocuparon todo el tiempo del pobre párroco; no pudo ir á ver á la marquesa, quien al dia siguiente partió para sus tierras. Los dias consecutivos, estenuado de fatiga y del frio que habia cojido en aquella noche, fué atacado de una fluxion al pecho, que le tuvo tres semanas en la cama casi sin poderse mover; de este modo la pobre Margarita no habia sabido nada de la verdad que la hubiera consolado; porque de la marquesa no recibia consuelos, puesto que ignoraba su amor por Andrés.

Traducción del francés.

EMILIA SERRANO DE WILSON.

(Se concluirá.)

A LA NIÑA

Margarita Aurora de Wilson y Serrano.



Si yo te viera,
Mejor te cantaría
Niña hechicera.

PAMELA.

Blanca paloma de apacibles ojos;
flor que del Sena creces en la orilla,
capullo de otra flor, que en mis jardines
luz halló y vida.

Aurora de la vida de tu madre;
ángel sin alas precursor de dichas;
tórtola dulce, de amoroso arrullo,
¡Dios te bendiga!

Tú el nombre llevas de mi flor amada
que cual la flor de la esperanza mía
vive en la selva, sin arena y sola
oculta y tímida!

Dulce eres tú, cual mi esperanza triste,
mi gentil, inocente Margarita;
por eso una caricia y un suspiro
mi amor te envía.

Aurora de la vida de tu madre;
joya preciosa de mi dulce amiga;
emblema de la flor de mis amores
¡Dios te bendiga!

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Madrid, noviembre de 1857.

A MARIA.

¡Ah!...

Si el suspiro que exhala el pecho mio,
Llega á posarse, mártir criatura,
Sobre tu frente nacarada y... pura
Exijele el recuerdo que te envío.

Murió tu amor, angélica Maria
Fijo siempre este nombre en su memoria:
Murió tu amor, y de su triste historia,
Página es esta que por mí te envía.

¡Maria, cuyo amor consideré
Un yugo para mí! llora tu suerte;
Que al verme sorprendido por la muerte
El nombre de *Maria* pronuncie.

TOMAS INFANTE.

Madrid, octubre, 1857.

Explicacion del figurin.

1º Vestido de gró blanco con seis sobrepuestos de terciopelo color de cereza, y al borde un pequeño fleco. Corpiño escotado con berta figurada por los sobrepuestos, un ramo de rosas al pecho, adorno de rosas colgantes; braceletes de oro.

2º Vestido de tarlatana blanca con dos faldas, adornado con bandas de cinta y pasamantería color de violeta; á los lados bandas (quilles) de lo mismo; corpiño con berta, forma de pañuelo. Adorno de violetas para los cabellos; el centro de las *quilles* adornado con ramos de violetas.



La Caprichosa

10. Passage Saulnier.

PARIS.

The 1857

